

Luneburgo, Pommerania Stettin, los condes de Wetterau y varias ciudades. Hecho esto, se acordó que ni los unidos ni los otros protestantes mencionados tomarían parte en las discusiones de la dieta hasta que sus quejas hubiesen obtenido justa satisfacción; pero la mayoría católica del Consejo de príncipes, sin hacer caso alguno de las resoluciones tomadas por los protestantes y fortalecida por la cooperación de Sajonia y de Darmstadt, redactó la nota de los asuntos que debían discutirse, poniendo en primer lugar el referente á la justicia del Imperio, que era realmente el más importante y el que de más reñida discusión había de ser objeto. A consecuencia de esto los de la Union, después de un minucioso debate, publicaron en 17 de agosto aquella declaración por la cual se negaban á intervenir en las discusiones de la dieta, con lo que desde un principio se dificultó el curso de las mismas. La tirantez y la excitación que estos incidentes produjeron subieron de punto cuando el embajador del electorado de Colonia manifestó que se llevaría á cabo la restitución de los bienes confiscados después del tratado de Passau, haciéndose imposible la reconciliación de los dos partidos desde el momento en que la mayoría católica, influida por la presencia y por la enérgica actividad del legado pontificio Madruzzi, perseveró más que nunca en sus puntos de vista firmemente católico-papistas. Los protestantes contestaron á estas provocaciones firmando en 18 de agosto un minucioso memorial de agravios que fué entregado en toda forma al emperador al día siguiente. Matías lo aceptó gustoso hasta cierto punto, pero no se mostró dispuesto á suspender los debates de la dieta hasta tanto que recayese resolución sobre el mismo, y antes al contrario manifestó que esa resolución podía dictarse mientras se discutía el punto relativo á la justicia. Cruzáronse entonces varias comunicaciones entre el emperador y los de la Union, sin que ni estos ni aquel abandonaran sus respectivos criterios. Durante estas negociaciones se evidenciaron claramente las dos tendencias que ya antes de la dieta se habían observado entre los que rodeaban al emperador y Klesel. Este aconsejaba se otorgasen concesiones á los protestantes y estaba descontento de la dureza de la contestación del emperador, redactada por el vicecanciller de Ulm, pero no pudo aquella vez lograr que su opinión prevaleciera. El conflicto en vez de disminuir se hacía cada día más grave, y los protestantes, en vista de la conducta observada por la corte imperial, dudaron de la sinceridad de Klesel y creyeron que este les había engañado, cuando la verdad era que la corte no había querido aceptar sus conciliadores consejos. De todos modos resultaba evidente que el emperador no quería complacer á los protestantes otorgándoles concesiones reales y positivas, y por el contrario exigía que se discutiera la proposición antes que el memorial de agravios, procurando al propio tiempo inutilizar la oposición de los protestantes declarando decisivos en los asuntos del Imperio los acuerdos tomados por la mayoría. La mayoría católica aceptó esto sin vacilar, y únicamente Sajonia y Darmstadt comenzaron á sentir ciertos temores: también entre los mismos católicos había algunos elementos moderados que se inclinaban á una conciliación sobre la base del *statu quo*, es decir, que se mostraban dispuestos á renunciar á la restitución de los bienes confiscados después del tratado de Passau, con tal de que se suprimieran para lo sucesivo todas las confiscaciones; pero la mayoría perseveró en su actitud intransigente.

Así las cosas, recibióse en Ratisbona la noticia de que los turcos habían comenzado las operaciones de guerra con unos 80.000 hombres: había estallado la lucha en que sucumbió Bathory y en que Bethlen Gabor, con ayuda de los turcos, se proclamó soberano de Transilvania, poniendo en

terrible aprieto al emperador, que carecía por completo de recursos para sostener contra aquel enemigo su posición militar. Entonces Matías volvió á prestar oídos á los consejos de los partidarios de la conciliación, especialmente á Klesel y á Geizkofler, el primero de los cuales intentó en 11 de setiembre llegar á una inteligencia con los *correspondientes* protestantes, que en aquella misma fecha habían dirigido un nuevo memorial al emperador. Klesel les demostró en los términos más conmovedores la necesidad que había de no abandonar al emperador en el grave conflicto en que se encontraba y de limitar, por ende, los debates de la dieta á la cuestión del subsidio para combatir á los turcos. Después de él, Geizkofler propuso en un dictámen muy mesurado los medios para llegar á una unión de todos. Estos medios consistían en discutir todos los agravios formulados, poniéndose para ello de acuerdo los electores con un comité compuesto por igual de todos los elementos de los demás Estados. Como director y mediador en estas negociaciones propuso Geizkofler al archiduque Maximiliano, que en efecto declaróse dispuesto á aceptar tales cargos y se presentó en Ratisbona á fines de setiembre. Muy pronto se vió, sin embargo, cuán difícil sería que las negociaciones dieran un resultado satisfactorio, á pesar de que Maximiliano observó desde un principio una conducta conciliadora y puso todo su empeño en que se llegara á una inteligencia, pues desde el primer momento surgió una diferencia de alguna importancia. En efecto, los protestantes querían que los acuerdos del comité fuesen provisionales, reservando á la dieta la resolución definitiva, al paso que, según la proposición de Geizkofler, aquellos debían ser decisivos y lo que el comité no pudiera resolver debía ser decidido por el emperador.

Era, pues, evidente que las discusiones del comité serían interminables, y como al emperador le interesaba, á causa de la guerra turca, que se le facilitaran rápidamente recursos pecuniarios, apeló á otro sistema, cual fué el de presentar una proposición incidental pidiendo que los debates se circunscribieran por de pronto á la concesión de cuarenta ó, si era preciso, ochenta meses romanos, quedando aplazados para otra ocasión todos los demás asuntos y por ende suspendida la dieta.

Aquel mismo día el archiduque Maximiliano celebró la primera entrevista con los *correspondientes*, pero los protestantes, viendo que estas negociaciones especiales coincidían con la presentación de la proposición incidental, entraron en desconfianza, pues creyeron que el emperador quería no llevar á cabo hasta el fin, sino simplemente iniciar, la tentativa de conciliación, pues lo que ante todo le interesaba era la concesión de los subsidios. Entonces plantearon la cuestión de hasta qué punto debía iniciarse la inteligencia durante aquella dieta si se quería que las negociaciones dieran un resultado provechoso, y acerca de esto tuvieron el día 2 de octubre una conferencia previa en la que los elementos más radicales pidieron que no se contrajese compromiso alguno; pero la mayoría, cediendo en parte á los ruegos del archiduque Maximiliano, acordó en definitiva concurrir á las deliberaciones de la dieta y otorgar la contribución para la guerra turca, si bien bajo determinadas condiciones.

A consecuencia de este acuerdo los protestantes se presentaron el día 3 de octubre en la sesión de los tres consejos: en nombre de todos formularon, el representante del Palatinado electoral en el Colegio de electores, el del Palatinado-Lautern en el Colegio de príncipes y el de Estrasburgo en el Colegio de las ciudades, aquellas peticiones de cuya aceptación hacían depender su adhesión á los acuerdos que adoptara la dieta en la cuestión de los subsidios para la guerra turca. Exigían para esto los protestantes que se diera

satisfacción á sus más apremiantes agravios en aquellos puntos que, en su sentir, eran de la incumbencia del emperador, tales como efectividad de la igualdad de derechos en la provisión de los destinos de la Cámara de justicia del Imperio, supresión de la jurisdicción del Consejo áulico imperial, restitución de Donauworth y remedio á algunas otras quejas de

importancia más secundaria. Las demás pretensiones debía resolverlas una dieta de diputaciones compuesta por igual de individuos de los dos partidos que debían ser nombrados desde luego. Esa dieta, á la que se denominó «Comisión de composición,» desempeñó un papel importante en las negociaciones de los años siguientes. Otra petición de los protes-



Ambrosio Spínola. Facsimile reducido del grabado de Hendrik Hondius (1573-1630)

tantes fué que quedara en suspenso la cuestión de los cuatro conventos para que se resolviera amistosamente entre los dos partidos ó se aplazara el tratar de ella para una nueva dieta. Y finalmente insistieron, para garantizar el éxito de la Comisión de composición, en que en aquella misma dieta que se estaba celebrando se determinara el procedimiento que debía seguir. Si esas exigencias eran aceptadas, se ofrecían los protestantes á otorgar, aunque dentro de límites reducidos, la contribución solicitada para la guerra contra los turcos, pero siempre á condición de que la minoría no se vería obligada á hacer más que aquello en que hubiese consentido. La mayoría católica no se hallaba muy dispuesta á suscribir á tales exigencias y antes por el contrario hizo prevalecer, gracias á su superioridad numérica, el acuerdo de que el subsi-

dio para la guerra turca debía ser votado, según se decía en la proposición incidental del emperador, sin consideración alguna á las condiciones impuestas por los protestantes. En su consecuencia, estos resolvieron abstenerse de asistir á las sesiones de la dieta, prosiguiendo solos sus negociaciones con el archiduque Maximiliano, á quien entregaron el día 4 de octubre un documento que justificaba el voto por ellos emitido en la sesión del día 3 y que dejaba entrever, á pesar de todo, su deseo de llegar á una inteligencia, puesto que en él desistían los protestantes de su pretensión relativa á la paridad en los nombramientos para la Cámara de justicia, pidiendo solamente que se determinase legalmente la competencia del Consejo áulico teniendo en cuenta la nueva organización que se había prometido dar al mismo, y solicitando

do como consecuencia de la anterior petición el sobreseimiento inmediato de todos los procesos pendientes en dicho consejo y la promesa de que no se instruirían otros nuevos.

Es innegable que sobre esta base y con que hubieran cedido algo el emperador y la mayoría católica se habría podido llegar a una inteligencia en pos de la cual hubiera venido la concesión unánime de los subsidios para la guerra turca, que tan necesarios eran para realzar la respetabilidad del Imperio en el extranjero; pero el emperador no podía resolverse a acceder incondicionalmente a las peticiones de los protestantes. Por de pronto no consintió en la determinación de la competencia del Consejo áulico por medio de una ley que los protestantes exigían en primer término, y la única concesión que hizo fué declarar, sin querer por ello atarse las manos, que hasta que comenzara sus tareas la dieta de composición no causaría ningún daño a los protestantes en la cuestión de Aquisgrán ni en los otros litigios especiales. Los protestantes no quisieron darse con esto por satisfechos, en vista de lo cual el archiduque Maximiliano, que hasta entonces se había dirigido a ellos en nombre del emperador, se decidió a avanzar un paso más bajo su exclusiva responsabilidad, ofreciéndose a entregarles un compromiso escrito de que quedarían en suspenso hasta que se reuniera la dieta de composición todos los procesos incoados por el Consejo áulico contra los cuales hubiesen reclamado en su memorial de agravios. Los protestantes se conformaron en principio con esto; pero en una audiencia que el archiduque obtuvo del emperador, este se negó a hacer suyo el ofrecimiento, declarando tan solo que no quería demostrar más condescendencias que aquellas de las cuales nadie pudiera quejarse.

De una manera análoga sucedieron las cosas en la cuestión de la restitución de Donauworth, en la que la razón estaba sin ningún género de duda de parte de los protestantes. El emperador había manifestado dispuesto a otorgar esa restitución, pero a condición de que se pagarian los gastos de ejecución al duque Maximiliano de Baviera, y aun cuando el archiduque renunció a ella en 13 de octubre a instancia de los protestantes, el emperador quiso mantenerla. Igual intransigencia demostró Matías en punto a las condiciones relativas a la dieta de composición, pues si bien consintió en que esta se compusiera de igual número de individuos de ambos partidos, en que se reuniera durante la Pascua del año 1614 y en que resolviera los asuntos sobre los cuales habían formulado quejas los protestantes, en cambio eludió todo aquello que se refería a elección de personas y a las consiguientes modalidades.

Siguiendo el curso de las negociaciones entabladas entre los protestantes y el archiduque, compréndese claramente que unos y otro habrían llegado a una inteligencia si Matías no hubiese constantemente desautorizado las promesas de Maximiliano. Tal conducta hacía imposible el buen éxito de la empresa, y en cuanto se convenció el archiduque negóse a seguir negociando y salió de Ratisbona el día 16 de octubre. Inmediatamente después los protestantes abandonaron la dieta. Pero entonces sucedió lo que en 1608 no había sucedido, y fué que a pesar de la ausencia de los protestantes la mayoría católica dió un edicto imperial tal como deseaba el emperador, concediendo para la guerra turca un subsidio de treinta meses romanos. Los protestantes, como era natural, no se consideraron obligados por este acuerdo. Así fracasó una vez más en el momento decisivo la única institución del Imperio que al lado del emperador representaba la unidad del mismo, y este fracaso fué debido a la intransigencia del mismo emperador, cuyo programa de gobierno se basaba principalmente en el sistema de conciliación entre los dos opuestos partidos. ¿A qué se debía que estos se mos-

trasen tan irreconciliables como en tiempo del emperador Rodolfo? Debíase en primer lugar a que aquellos partidos se habían organizado en ligas que dificultaban en alto grado la conciliación entre los antagonismos existentes, y en segundo lugar a que el emperador se había apartado, en lo que a esas ligas se refería, del programa de Klesel, que no veía otra salvación para la totalidad del Imperio que la disolución de las mismas. Durante los debates de la dieta y en vista de la enérgica resistencia que desde un principio había encontrado en los protestantes, intentó Matías hacerse admitir como miembro de la Liga y realmente fué admitido en ella. Mas desde el momento en que perteneció a una de las federaciones tuvo naturalmente que sentirse menos inclinado que antes a hacer concesiones a la otra, con lo cual perdió en lo fundamental toda su fuerza la política conciliadora de Klesel que hasta entonces había seguido el emperador.

Entonces era cuando debía verse si, a pesar de todo, Klesel lograría conservar su influencia en la corte imperial e impulsar al emperador a seguir nuevamente una política de conciliación.

INÚTILES TENTATIVAS DE CONCILIACION. CUESTIONES DE COMPOSICION Y DE SUCESION

A primera vista podía parecer que con el ingreso del emperador en una de las dos ligas se imposibilitaba de antemano toda conciliación entre los partidos y que, desde el momento en que los dos bandos religiosos se habían vuelto a separar bruscamente en la dieta, no cabía ya en el Imperio una política de unidad. Sin embargo, no era del todo así: cierto que las dificultades de la situación habían aumentado considerablemente, pues como era lógico, la política de Matías había de estar influida por la cualidad de miembro de la Liga que este tenía; pero por otro lado había una porción de cuestiones importantes en las cuales el emperador no solo no podía prescindir de la cooperación de los protestantes, sino que le interesaba mucho conseguir el apoyo de los mismos. Tomando pie de ellas podía Klesel reproducir sus tentativas para salvar y mantener para sí y para su programa político la influencia de que hasta entonces había disfrutado en la corte imperial.

Por de pronto las cosas tomaron el sesgo que de antemano les marcara el curso de la dieta de Ratisbona, es decir, que el antagonismo de los partidos aumentó por lo mismo que adquirió mayor desarrollo su organización vigorosa. Inmediatamente después de cerrada la dieta los políticos más perspicaces comprendieron que era imposible toda conciliación y que era preciso prepararse a ver estallar una gran guerra civil motivada por las importantes cuestiones litigiosas que no habían sido resueltas; de aquí que en los años siguientes veamos a los dos partidos esforzándose por robustecer y aumentar sus fuerzas y por estrechar alianzas con potencias extranjeras, como desgraciadamente era ya costumbre desde hacía muchos años en todas las luchas intestinas del Imperio alemán.

Antes ya de la dieta de Ratisbona, la Unión, que en 1612 había firmado una alianza con Inglaterra, concertó otra por quince años con los Estados generales de los Países Bajos, comprometiéndose ambas partes en mayo de 1613, merced a la mediación del rey Jacobo de Inglaterra, a apoyarse mutuamente en caso necesario. Además la Unión estaba desde enero de 1613 aliada con el rey Gustavo Adolfo de Suecia, cuya energía en sus luchas con Dinamarca y Polonia, así como para poner orden en la administración del reino, le había hecho aparecer ante los ojos de muchos príncipes protestantes como el protector y defensor de su causa. El land-

grave Mauricio de Hesse fué el que con más celo trabajó para que esa alianza fuera un hecho, habiendo enviado a Estocolmo a su consejero privado Juan Lobel para poner al monarca sueco al corriente de la situación del protestantismo en Alemania y asegurar para sí y sus aliados en caso de necesidad la ayuda del mismo. También esta alianza se manifestó por medio de un matrimonio, el de la hermanastra de Gustavo Adolfo con Juan Casimiro, hermano menor del conde palatino de Zweibrücken.

De igual modo había resuelto la Liga ya en la dieta celebrada en marzo de 1613 en Francfort aliarse con Lorena, Saboya, el Papa y España, esperando sobre todo de esta última que la auxiliara además con dinero. Favoreció los planes de la Liga la circunstancia de que, muerto Enrique IV y encargada del gobierno su esposa María de Médicis, prevalecieron nuevamente en Francia las tendencias católicas, debilitándose en su consecuencia desde luego el antiguo antagonismo político que existía entre aquella potencia y España. Ciertamente en la cuestión de Juliers la reina francesa continuó por de pronto apoyando a los poseedores protestantes y que les ayudó en la conquista de aquel territorio; pero después de esto procuró verse libre lo antes posible de todo compromiso por este lado y aproximarse cada vez más a España. Inmediatamente comenzaron aquellas negociaciones de que no se tuvo noticia en las demás cortes hasta 1612, relativas al matrimonio entre el joven rey de Francia Luis XIII y la infanta mayor de España doña Ana, y al de Isabel, hermana mayor de aquel monarca, y el príncipe de España D. Felipe. Con esto parecía no solo vencido el antiguo dualismo entre ambas potencias, sino que también iniciada entre las mismas una estrecha alianza política. En su consecuencia la Liga no había de temer ya que Francia la hostilizara y apoyara a los protestantes como había hecho en la lucha de sucesión de Juliers, y antes bien pensaba muy seriamente asegurarse a su vez la ayuda de Francia para el caso de una guerra intestina en Alemania.

Era de suponer que la consideración y el poderío de la Liga se robustecerían muy especialmente por el hecho de haber entrado en ella el emperador. Sin embargo, no sucedió así, por lo menos en la proporción que se había esperado, sino que por el contrario fué más bien en algunos conceptos una desventaja, un obstáculo a su desenvolvimiento. Ya hemos visto que el jefe indiscutible hasta entonces de la Liga, el duque Maximiliano de Baviera, a cuya conducta enérgica y previsora había debido aquella en primer término la consideración de que desde un principio gozara, había opuesto siempre resueltamente a que en ella fuera admitido ningún individuo de la casa de Habsburgo y solo bajo la presión de España había tolerado, no sin muchas restricciones, el ingreso del archiduque Fernando en la misma. Para obrar así tenía Maximiliano sus razones: en primer lugar quería evitar que las fuerzas de la Liga fueran utilizadas en pro de los intereses exclusivos de los Habsburgos, y por este motivo había mostrado, así personalmente como en su calidad de jefe de la Liga, prudentemente reservado respecto de los absurdos planes del archiduque Leopoldo, negándose por completo a favorecerlos; y en segundo comprendía muy bien que la fuerza principal de la Liga enfrente de la Unión estaba en la unidad de la dirección que por razones personales y por motivos fundados en hechos positivos quería a todo trance conservar en sus manos. Desde el momento en que el emperador, merced a la política seguida por él en la dieta de Ratisbona, había logrado hacerse admitir en la Liga, esa unidad de dirección desaparecía para siempre, pues inevitablemente había de darse a la Liga una nueva constitución, en virtud de la cual la casa de Austria tendría al lado de

Baviera un directorio y una influencia preponderante. De suerte que en caso de guerra funcionarían tres directorios militares: el bávaro, el rhenano y el austriaco, dirigidos respectivamente por el duque Maximiliano, por el archiduque Alberto y por el archiduque Maximiliano de Tirol. Además toda resolución para obrar necesitaba el previo consentimiento del emperador. Así es que si por un lado la Liga veía aumentar sus fuerzas con el ingreso en ella del emperador, por otro perdía la unidad de dirección que hasta entonces había tenido y la rapidez en sus decisiones que la había caracterizado. Además con esto disminuía la influencia antes preponderante del enérgico duque de Baviera y la Liga se veía arrastrada a todas las luchas en que Austria se empeñara. Maximiliano encontró todas esas modificaciones tan abrumadoras que se negó a adherirse al acuerdo de la dieta de Ratisbona y firmó en marzo de 1614 una estrecha alianza defensiva con los obispos de Bamberg, Wurzburg, Eichstatt y Augsburgo y con el preboste de Ellwangen.

Mientras las dos alianzas en que estaban agrupados los partidos religiosos procuraban robustecerse, una de las importantes cuestiones entre ellos pendientes, la de la herencia de Juliers, amenazaba empujarlas a un nuevo conflicto y hacía entrever la posibilidad de una guerra, como había sucedido ya en 1610.

Ya hemos visto que los dos príncipes poseedores no habían llegado a un acuerdo definitivo respecto del reparto eventual de la herencia, conviniendo por el contrario en que ambos, Brandeburgo y el Palatinado Neuburg, administraran juntos los territorios; pero esta posesión común produjo naturalmente rozamientos y disputas continuas que perjudicaban al país en alto grado. Al fin comprendieron los dos poseedores que este estado de cosas era insostenible y entonces se apeló al recurso de facilitar una componenda casando a uno de ellos, el conde palatino Wolfgango Guillermo, con la hija del otro, Ana Sofía; pero habiéndose avistado a este efecto ambos príncipes en Dusseldorf, no pudieron llegar a una inteligencia, enconándose el conflicto hasta el punto de injuriarse personalmente los dos poseedores. La causa de ello fué que el joven conde palatino exigió como dote para la que había de ser su esposa todos los derechos hereditarios de Brandeburgo, y al oír tal pretensión el elector Juan Segismundo montó en cólera y abofeteó a Wolfgango. En suma, la deseada inteligencia no se realizó y el matrimonio no se efectuó, antes al contrario el conde palatino se casó, después de haber abrazado el catolicismo, con Magdalena, hermana del duque Maximiliano de Baviera, para de este modo lograr que el partido católico y la Liga apoyaran sus pretensiones sobre la herencia de Juliers. Con esto se hizo muy difícil la situación del elector de Brandeburgo, el cual viendo peligrar sus posesiones de Juliers, resolvió dar públicamente el paso que hacia tiempo venía meditando. En efecto, con gran espanto de sus luteranos brandeburgueses abrazó el calvinismo, hacia el cual se sentía cada vez más inclinado de algunos años a aquella parte. Este acontecimiento produjo grandísima sensación así entre los católicos como entre los luteranos, y todo el mundo lo atribuyó a razones más políticas que religiosas, pues en realidad el elector con su conversión ganó el apoyo del partido calvinista alemán, que era el único que seguía una política vigorosa y perfectamente determinada, y además pudo esperar fundadamente que los Estados generales holandeses, calvinistas en su mayoría, estarían más propicios que antes a prestarle su ayuda. A pesar de todo, no cabe afirmar en absoluto que el elector diera aquel paso decisivo y difícil inspirándose única o siquiera principalmente en la razón de Estado, porque muchas y muy poderosas razones políticas